

El gallo del patio y el de la veleta

Había dos gallos: uno sobre un montón de estiércol, otro sobre el tejado, pero ambos eran igualmente arrogantes. ¿Cuál de ellos es mejor, según tú? Dilo, y nosotros... nos mantendremos en nuestra opinión.

El corral estaba separado del vecino por una valla de madera, y en aquel patio había un montón de estiércol, y sobre él crecía un gran pepino, consciente de que era una planta de invernadero.

«¡Y hay que nacer siendo de invernadero! —razonaba consigo mismo—. ¡Pero no todos pueden nacer pepinos; también deben existir otras especies! Las gallinas, los patos y toda la población del corral son también seres vivos. Ahí está, sobre la valla, el gallo del corral. ¡Es mucho más distinguido que el gallo veleta! Ese, aunque esté sentado muy alto, ni siquiera puede batir las alas, ¡cuánto menos cantar! No tiene ni gallinas ni polluelos; solo está ocupado consigo mismo y no hace más que sudar furia cobriza. ¡No, el gallo del corral, ese sí que es un gallo! ¡Cómo camina! ¡Como si bailara! ¡Y cómo canta: es música! Escúchalo y sabrás lo que significa un trompetista de verdad. Sí, si viniera aquí y me tragara entero, con tallo y hojas, ¡qué muerte tan dichosa sería!»

Por la noche se desató una tormenta. Las gallinas, los polluelos y el propio gallo, todos se escondieron. El viento derribó la valla: ruido, crujidos. Del tejado caían tejas, pero el gallo veleta permaneció firme. Ni siquiera se movió de su sitio y ya no giraba: no podía, aunque era joven, fundido hacía poco. El gallo veleta era muy sensato y serio; nació ya viejo y no tenía nada en común con las aves celestes, los gorriones y las golondrinas, a quienes despreciaba como «insignificantes chirridoras vulgares». Las palomas son más grandes, y sus plumas brillan con reflejos nacarados, de modo que incluso se parecen a los gallos veleta; solo que son gordas y tontas, piensan únicamente en llenarse el buche, y por eso es aburrido tratar con ellas.

Las aves migratorias visitaban al gallo veleta. Le contaban sobre países lejanos, sobre caravanas aéreas y terribles historias de bandidos acerca de ataques de aves rapaces. Esto era nuevo e interesante la primera vez, pero luego venían repeticiones de lo mismo, ¡y eso ya era una angustia mortal! Se le hicieron pesadas, todo le resultó pesado. No valía la pena tratar con nadie; todos eran tan fastidiosos, tan vulgares.

—¡El mundo no sirve para nada! —decía—. ¡Todo es pura tontería!

El gallo veleta era, como quien dice, un gallo desencantado y, por supuesto, habría interesado mucho al pepino, si este lo hubiera sabido. Pero el pepino solo estaba ocupado con el gallo del corral, y he aquí que este fue y le hizo una visita.

La valla había sido derribada por el viento, pero hacía mucho que no había truenos ni relámpagos.

—¿Y qué dicen ustedes de este mi canto? —preguntó el gallo del corral a las gallinas y los polluelos. Era un poco grosero, sin elegancia.

Y las gallinas con los polluelos subieron tras el gallo al montón de estiércol. El gallo avanzaba contoneándose, como un jinete.

—¡Planta de jardín! —dijo al pepino, y este comprendió al instante cuán ampliamente educado estaba el gallo, y ni siquiera notó que lo habían picoteado.

«¡Muerte dichosa!»

Acudieron corriendo las gallinas y los polluelos; pues así son siempre las gallinas: adonde va una, va la otra. Cloqueaban, piaban, admiraban al gallo y se sentían orgullosas de que fuera de su misma especie.

—¡Qui-qui-ri-quí! —gritó él—. Los polluelos se harán adultos ahora mismo, con solo que yo lo cacaree a todo el gallinero mundial.

Las gallinas y los polluelos cloquearon y piaron, y el gallo anunció la gran noticia:

—¡Un gallo puede poner un huevo! ¿Y saben qué hay dentro? ¡Un basilisco! ¡Nadie puede soportar su mirada! Los humanos lo saben, y ahora todos vosotros sabéis qué hay en mí, sabéis que soy el gallo de todos los gallos.

Y el gallo del corral batió las alas, erizó la cresta y volvió a cacarear. A las gallinas y los polluelos hasta les dio escalofríos, tan halagados estaban de que uno de su familia fuera el gallo de los gallos. Cloqueaban y piaban de tal modo que incluso el gallo veleta podía oírlos, pero él ni se inmutó.

«¡Todo es tontería! —se decía a sí mismo—. ¡Nunca un gallo de corral podrá poner un huevo! Y en cuanto a mí, simplemente no quiero. Si quisiera, pondría un huevo de viento. ¡Pero el mundo no vale un huevo de viento! ¡Todo es tontería! ¡Ya ni siquiera quiero seguir sentado aquí!»

Y el gallo veleta se quebró y cayó al suelo, pero aun así no mató al gallo del corral, aunque lo intentó, según aseguraban las gallinas.

¿Moraleja?

«¡Mejor cantar como gallo que desencantarse de la vida y quebrarse!»